

Sobre el cuidado de la naturaleza desde la formación en espiritualidad

Adriana Edith Larrea Valdivia

Yeison Antonio Gonzales Yáñez¹

Diciembre 2024

La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? (*Laudato Si'* 225). La cuarta Preferencia Apostólica Universal de la Compañía de Jesús nos invita a reflexionar sobre el “Cuidado de la Casa Común”. Sin embargo, desde inicios de la sistematización del conocimiento, los cosmólogos[1] consideraron que la naturaleza era la fuente de la generación de todo lo existente. Así, por ejemplo, Tales de Mileto[2] entendió que la humedad en las cosas es lo que da origen a la vida, de allí que comprendiera que no hubiera sustancia alguna que al mismo tiempo no gozara de cierta humedad, aún mínima; entonces por lógica se determinaba que los lugares más secos del planeta eran al mismo tiempo los más infecundos[3]. De modo general los elementos de la naturaleza terminan siendo, para casi todos los primeros pensadores de la época clásica, la forma más adecuada de explicar la vida y la razón de ser de su diversidad.

Hoy en día, la biología define la biodiversidad como la realidad que hace referencia al número de poblaciones de organismos y especies distintas; pero para los ecólogos el concepto incluye, al mismo tiempo, la diversidad de interacciones durables entre las especies y su ambiente inmediato; en definitiva, el ecosistema en que los organismos viven.

Para algunos santos, como Francisco de Asís, esta realidad no es ajena a ciertas intuiciones. Él ve en la biodiversidad una forma variada de cómo Dios ama a sus hijos, cómo muestra su bondad y al mismo tiempo le enseña que de la variedad de detalles

¹ Adriana Edith Larrea Valdivia es docente en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa, Perú. Yeison Antonio Gonzales Yáñez es docente en el Colegio San José, Jesuitas, de Arequipa, Perú. Artículo recibido para su publicación en el Boletín diciembre 2024 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL), Compañía de Jesús.

creacionales está hecho el amor que procede de lo divino. La diversidad de la creación enriquece el jardín dado al hombre.

El valor fundamental de la biodiversidad, dicen los científicos, reside en que esta es el resultado de un proceso histórico natural de gran antigüedad, por lo que sería injusto que en pocas décadas o siglos se dañe el fruto de miles de millones de años.

La Iglesia ha enseñado siempre que Dios no solo crea, sino que dirige su obra en tiempo y espacio [6]; sin embargo no lo hace solo, sino que hace partícipe al hombre [7]. Por esta razón, la diversidad creacional tiene el inalienable derecho de continuar su existencia [8]. El ser pensante, como parte de esta biodiversidad, hermano menor por el servicio y la disponibilidad en la atención, debe velar por protegerla y respetarla. Algunos santos admiran esta realidad creacional y continuamente, entrando en contemplación, se sorprendían de este contraste-variedad existencial.

Dice Nepriakhina: “Uno se admira de lo que no sabe, de aquello que lo trasciende, y ello activa la capacidad investigadora. En el corazón de un filósofo, de un físico o de un biólogo, hay un ser que se admira de lo que hay y trata de buscar una respuesta. También un teólogo se admira ante Dios y trata de comprender su naturaleza a partir de los medios con que dispone [9]”. En otras palabras, como decía el recientemente difunto padre Gustavo Gutiérrez S.J., incluso “la teología es un lenguaje más, con el que nos acercamos a un mayor entendimiento de Dios” y, por ende, también nos debe llevar a acercarnos a la comprensión de la naturaleza.

Cuando la Asamblea General de la ONU proclama el 17 de junio como el Día Mundial a favor de la naturaleza, formaliza un deseo incoado de hace ya casi 800 años, momento en que Francisco de Asís la ve como una “Frágil Hermana” y como tal invita con el ejemplo a cuidarla. Se cuenta que, si no era realmente necesario, el santo no movía ni siquiera una piedra del lugar en que se hallara; entendía que si la Providencia la había puesto allí era por algo, porque en ese lugar y de esa manera incluso esa piedra debía cumplir una especial función, misión que quizá en aquel momento no se entendiera. Nos enseña que cuando se quiere algo, incluso una flor, se la arranca para tenerla; pero cuando se la ama, se la conserva en su lugar, donde mejor se sabe que pueda estar. Esto es lo que algunos intelectuales han llamado “La cerca de Chesterton”, comprender sin destruir, reformar sin deformar.

La investigación actual sugiere que un ecosistema más diverso y menos violentado por el hombre puede resistir mejor a la tensión medioambiental y, por consiguiente, suele ser más productivo. Por ejemplo, es de conocimiento general que la pérdida de una

especie disminuye la habilidad de la naturaleza para mantenerse o recuperarse de daños y/o perturbaciones[12]. Sin embargo, una especie con diversidad genética alta, un ecosistema con mayor biodiversidad, puede tener más oportunidad de adaptarse al cambio medioambiental. En otros términos: cuantas más especies comprende un ecosistema, mayor es la probabilidad de que este sea estable.

“Todo lo que Dios ha creado es bueno...” [14]; sin embargo, hoy en día, la dicotomía existente entre el hombre y la naturaleza, da a entender que entre el ser humano y la realidad creada existe violencia evidente, violencia que se deriva en situaciones actuales como el “Calentamiento global”, demostrado científicamente, y que en ello el hombre tiene mucho que ver como causa.

Martín Carbajo, en un ensayo sobre la ética global, plantea la imposibilidad de un cosmos reconciliado mientras primen intereses particulares: «Se diría que ha triunfado el “*homo faber*”, aquel que, según H. Marcuse, todo lo subordina a la tecnología, a la ganancia económica y al consumismo desenfrenado»[15]; por tanto, la idolatría del “bien tener” individual conlleva a un comportamiento casi general, que busca maximizar el mero provecho personal eliminando, de esta forma, la consideración de un entendimiento universal en el que se vele por el “bien-estar” de todos[16] y que debiera ser la comprensión de a lo que nos invita la PAU.

Recientemente, con más fuerza, surgen corrientes que buscan crear conciencia por la consideración del mundo como “una casa común”[17], quizá con mayor o menor medida procurando trascender el sentido último de esa misma creación, desde la llamada “Inteligencia espiritual” de la que habla Francesc Torralba[11] como complemento a las múltiples de Haward Gardner. Sin embargo, están también aquellas doctrinas que debilitan o se ven ausentes de un último referente personal, generando un consiguiente subjetivismo y autonomía narcisista[18] que rompe toda alteridad objetiva superior, poniéndose solo al servicio de las propias sensaciones y experiencias.

Quizá sería bueno volver a recordar la trascendencia de un Ser Supremo, Generoso, para que finalmente nos pongamos simbólicamente en contacto pleno con esa tierra (*humus*) de la cual, según la Sagrada Escritura, Dios sacó al humano, y dirigiendo nuestra mirada al Creador, seamos dignos de ser agradecidos. Creo que sería el primer paso al posterior cuidado de la creación inmediata.

[1] Se dice de todos aquellos pensadores presocráticos que habiendo pretendido desgajarse de explicaciones mitológicas, buscan de alguna forma el origen del ser en la materia.

[2] Según Nietzsche, Tales constituyó un punto de inflexión fundamental, puesto que a partir de él se empieza a considerar a la naturaleza (específicamente el agua) como el principio de todo ser; constituyéndose en una excepción entre todos los griegos de su tiempo, desgajándose de las explicaciones mitológicas sobre el origen del ser. Cf F. Nietzsche *“La filosofía en la época trágica de los griegos”* (1932).

[3] Peripatéticos como Aristóteles, herederos del aporte de los cosmólogos, comprenden que el mejor espacio para ahondar en el conocimiento son los campos; incluso los poetas bucólicos comprenderán que la naturaleza es fuente de inspiración para sus cuitas.

[4] También llamado *“Cantico al Hermano Sol”*.

[5] Cf. Tomás de Celano, Vida Primera. BAC.

[6] El término teológico que hace referencia a esta realidad es: Providencia.

[7] Así como no salva al hombre sin el hombre, tampoco cuida de la naturaleza dada al hombre sin el hombre.

[8] Por ser una acción divina y una misión del hombre.

[9] Daria Nepriakhina *“El asombro como experiencia educativa”* de la revista SIGNO n° 246, pág.52, abril del 2016.

[10] Aristóteles. *Metafísica, Cap. 1ro.*

[11] Torralba como complemento de las “Teoría de las Inteligencias Múltiples” desarrolla la teoría de una “Inteligencia Espiritual”, la que hace que el hombre, dice *“... tenga la facultad para desarrollar aspiraciones profundas e íntimas, para anhelar una visión de la vida y de la realidad que integre, conecte, trascienda y de sentido a la existencia...”*. Concluye comprendiendo que es aquella que *“...desarrolla la capacidad para situarse a sí mismo con respecto al cosmos”* (Cf Vásquez, José Luis. La Inteligencia Espiritual. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2010).

[12] Quizá el caso más paradigmático es el de las Islas de Pascua. Se sugiere que la depredación de sus bosques fue el resultado de la obsesión de sus habitantes por querer demostrar, unas tribus contra otras, la grandeza de su creatividad. Finalmente, ante la ausencia de una naturaleza para ser cuidada, el cuidador sale sobrando.

[13] Cf. Cántico a las Criaturas.

[14] Estas son las palabras con las que termina cada momento creacional narrado en el libro del Génesis.

[15] Martín Carbajo Núñez, *“Francisco de Asís y la Ética global”* Ed. PPC 2008; pág. 34-38.

[16] Entiéndase en esto último, la conciliación entre la naturaleza – hombre y del hombre - hombre.

[17] De la que habla Francisco I en la Introducción a la encíclica *Laudato Si’* (2015).

[18] Por ejemplo la *New Age*, que proclama la “libertad” para crear cada quien su propia religión, de acuerdo a sus individuales experiencias; pues *“la divinidad –dicen– se encuentra en nuestro interior,”* entonces toda curación (salvación) surge del propio hombre, de su solo ser ontológico. Deja así a un segundo plano una verdadera y objetiva relación, en primer lugar, con el prójimo y después con Dios; por lo que también termina corrompiendo el trato honesto dado a la naturaleza.